

Comunista, sí, pero ¿de izquierdas?

Lorenzo Peña y Gonzalo

2014-02-23

En la vida política actual, probablemente la dicotomía nominal más ampliamente utilizada es la de izquierdas y derechas (aunque hoy tiende a preferirse el singular, lo cual empeora todavía más la intrínseca confusión de esa espuria dualidad, como si existiera un denominador común que aunara a «la izquierda», de un lado, a «la derecha», del otro).

Todo el mundo ha oído hablar de los orígenes casuales de tal par, no digo de conceptos (que no lo son), sino de clasificaciones. Por supuesto nadie ha brindado jamás definición alguna de en qué consista eso de «ser de izquierdas» y en qué «ser de derechas».

Vagamente la alineación derechosa ha tendido a asociarse a valores como la tradición, el orden, el respeto a la autoridad, la preservación de instituciones heredadas de generaciones precedentes, al paso que la izquierdosa ha tendido a ser lo contrario; no obstante, ese «contrario» prácticamente carece de rasgo unificador alguno, ya que lo que era izquierdoso en 1830 no coincide con lo que recibía tal calificación un siglo después ni, menos, con lo que hoy se entiende por tal.

En un principio, las izquierdas preconizaban emancipar la esfera pública de la tutela religiosa, ampliar las libertades individuales y asentar un gobierno representativo. Posteriormente, hubo un giro social, siendo de izquierda abogar por reformas favorables a los trabajadores y a las clases desfavorecidas en general. Todavía viene más tarde la incorporación de las reivindicaciones de los pueblos oprimidos del sur, víctimas del yugo colonial.

Desde 1968, ese pseudo-concepto de izquierda ha sufrido una nueva mutación semántica, al irse cargando de reclamaciones que poco o nada tienen que ver con ninguna de esas tres tradiciones, la liberal, la social y la antiimperialista.

El cariz intrínseco de llevar la contraria a lo que sea de derechas que marca el perfil de la izquierda, por mera delimitación de campos, determina que venga a ser de izquierda, en cada momento, cualquier proposición que se presente como opuesta a una tradición, a un orden instituido, a la continuación de unas instituciones transmitidas por generaciones precedentes. Mas esa oposición puede hacerse con reclamos absolutamente dispares e incompatibles entre sí.

En los últimos años sesenta del pasado siglo —con la catastrófica revolución cultural china y con el no mucho mejor mayo francés— pasaron a ser características de la izquierda el amor libre, la abolición de los exámenes académicos, la igualación de profesores y alumnos (supresión del escalonamiento docente/disciente), la insubordinación (con el eslogan «la rebelión se justifica»), el apoderamiento de los dirigidos que sometían a los dirigentes a humillantes sesiones de crítica, el abandono de valores como la cortesía, el esfuerzo, el sacrificio, el trabajo, para, en su lugar, entronizar la informalidad, la rudeza, la molicie, la ociosidad, la facilidad.

A fines del siglo XX y comienzos del XXI todavía ha habido otro giro. Fijémonos en lo que ahora tiende a ser considerado de izquierda. Señas de identidad de la izquierda de ahora son:

- La equiparación de las relaciones sexuales entre individuos del mismo sexo y las que se dan entre individuos de diferente sexo, llegando al pleno reconocimiento del matrimonio homosexual en pie de total igualdad con la tradicional unión hombre-mujer;
- La supresión del principio del compromiso mutuo, del valor de la fidelidad recíproca, de la unión para lo bueno y lo malo, para el placer y el dolor, para fortuna e infortunio, para juventud y vejez, para salud y enfermedad, para riqueza y pobreza;
- La mirada favorable a los irredentismos que quieren romper la unidad del estado-nación, consagrado por una luenga tradición histórica, a favor de nacioncitas más o menos artificiales —o, en el mejor de los casos, izadas a aspirantes colectivos de soberanía en ruptura con tradiciones pluriseculares de unidad;
- La propuesta del decrecimiento económico o, a lo sumo, de un crecimiento limitadísimo —rechazando, en particular, muchos avances de la técnica y de la explotación de los recursos naturales, con el

señuelo de que la mera redistribución puede solucionar la cuestión social, sin desarrollo de las fuerzas productivas;

— Paradójicamente el ancestralismo, el atavismo, el ideal de retorno a un pasado idílico, una vida sencilla, quizá campestre, ruralizada, que renuncie a muchos avances de la civilización;

— El principio de precaución, que implica rechazar la noción de progreso histórico, sosteniendo, al revés, que la humanidad se encamina al precipicio si no detiene o aminora su evolución, acechada por gravísimos aunque desconocidos peligros, para escapar a los cuales es menester retroceder o quedarnos como estamos.

Cualquiera puede entender que, al llegar a tales posicionamientos, lo que quería ser izquierda se trasforma en derecha. Esa nueva izquierda quiere oponerse a una tradición —más o menos instituida, o al menos muy arraigada— de avance, de progreso, de innovación técnica, de esfuerzo colectivo para vivir mejor. Y nos propone vivir peor, vivir como antaño, en un tiempo pretérito aureolado de magia y fantasía.

¿No hay nada en lo que luzca innovadora la izquierda de hoy? (Porque, según vemos, sus principales temas de queja o de propuesta son de sesgo ancestralista, reaccionario, pasadista.) Pues sí: lo novedoso es su postura opuesta al compromiso mutuo y su total equiparación de las uniones homo y heterosexuales —así como otras posturas de las que ahora se llaman «sociales» sobre asuntos más o menos afines, de organización familiar y costumbres.

Pero la innovación en tales temas no guarda absolutamente ninguna similitud con la innovación de las viejas izquierdas —la de más derechos de libertad o más derechos de bienestar—, ya que, en el fondo, las nuevas posiciones sociales producen malestar social, al socavar ese nido de bienestar que ha sido el hogar, en pos de experimentos dudosos cuya vitalidad y solidez tendrán que probar los milenios venideros (como ya han probado la fecundidad, el vigor, la riqueza ética, la eficacia la resistencia del hogar tradicional). Que vayan a prosperar en el futuro esas nuevas fórmulas me resulta poco verosímil y, desde luego —en el estado actual de conocimientos—, una conjetura gratuita, infundada y de puro capricho.

Entre los dos giros de la izquierda o pseudo-izquierda —el de 1968 y años sucesivos y el iniciado teintaitantos años después— sitúase la presunta izquierda que, en los países del bloque oriental que encabezaba la Unión Soviética, revestía rasgos externamente caracterizables como izquierdosos: oposición al orden establecido, a las instituciones respaldadas por la tradición (aunque fuera una tradición de unos decenios nada más), a la autoridad, preconizando la indisciplina, la subversión, el desorden, la contestación, la disolución de los lazos sociales según venían configurados en el ordenamiento jurídico vigente; a la vez que esa contestación presuntamente izquierdosa asumía gustosamente muchos valores neo-izquierdistas: repudiar el valor del trabajo, defender el individualismo y el hedonismo.

Muchos dizque comunistas del occidente, viendo con buenos ojos todo ese movimiento contestatario de los países del Este, calificaron la Perestroika de Gorbachof como algo de izquierda, mirando a quienes defendían el viejo orden comunista (imperfecto) como de derechas. No sé en qué medida habrán reflexionado después sobre el desenlace de los acontecimientos; es posible que hayan pensado que lo de Gorbachof estaba bien y era genuinamente de izquierda, sólo que se torció; no creo que hayan adoptado la tesis de que el cambio político en Rusia en diciembre de 1991 fue un avance de la izquierda; pero dudo que hayan tenido la clarividencia o la honestidad intelectual necesarias para rectificar su postura sobre la Perestroika.

Sea como fuere, sinceramente, si estar a favor de la URSS de Bresnev es de derechas mientras que apoyar la Perestroika de Gorbachof es de izquierdas, el autor de estas líneas es, rotundamente, de derechas. No porque idealice la URSS de Bresnev (a la que erróneamente combatió en su juventud al adoptar un equivocado alineamiento prochino en 1963-72; un error por el cual ya he expresado públicamente mi compunción).

En realidad empecé a sentirme «no de izquierdas» hacia 1966-67, al presenciar (incluso como testigo visual) la deriva de la revolución cultural china y, sobre todo, al sufrir los desvaríos del mayo francés de 1968.

A veces he comparado mi evolución a la del cardenal Joseph Ratzinger, ex-papa Benito Decimosexto. El joven Ratzinger era un teólogo innovador, simpatizante de las líneas doctrinales y sociales progresistas

auspiciadas por el concilio Vaticano II y la figura de Juan XXIII; era también un académico, un profesor de las Universidades de Bonn, Münster, Tubinga y Regensburg, antes de cambiar de recorrido para emprender una carrera de honores eclesiásticos que lo llevará a la cima de la Iglesia.

Fungía de profesor en Tubinga en la segunda mitad de los sesenta cuando le cupo habérselas con los disturbios, la hostil y agresiva indisciplina, la nihilista destructividad del movimiento estudiantil europeo de aquellos años de confusión y vértigo. Ante ese rumbo descarriado e irracional, el teólogo innovador y de ideas progresistas mudó de orientación.

Yo experimenté, por esa misma época, sentimientos, sin duda sumamente dispares, pero que no dejan de guardar alguna similitud. Había empeñado mi vida al servicio de la lucha por los ideales del comunismo, la derrota del maléfico occidente, la emancipación de los pueblos oprimidos por el imperialismo, el reforzamiento del campo socialista (aunque luego los «amigos» chinos se encargaran de ser los más activos minadores de ese mismo campo, renegando así de la bandera —que inicialmente habían enarbolado— de la unidad del campo socialista).

En aquellos años 1967-72, en lugar de luchas por esos ideales, presencié (y sufrí) turbulencias absurdas, descabelladas, anarquistas, que quieren la abolición de cualquier autoridad, que vilipendian los tradicionales valores de lo que hasta ese momento considerábamos izquierda, como el trabajo, el esfuerzo individual y colectivo, la hermandad, el progreso.

Y, si ya nosotros errábamos al exagerar las críticas al campo socialista, los neoizquierdistas de los últimos años sesenta y de los setenta llevan tal yerro al paroxismo, empezando por poner en pie de igualdad a la Unión Soviética con el imperialismo yanqui para, después —hincando la rodilla ante Mao Tse-tung en su última y funesta etapa—, considerar enemigo principal a esa misma Unión Soviética, el baluarte que armaba a los vietnamitas, que amparaba las revoluciones de Angola, Mozambique y Suráfrica, que apoyaba a los palestinos y a los regímenes árabes antiimperialistas, que era solidario con el pueblo chileno contra Pinochet, que ayudaba a la India contra el militarista Paquistán y, en fin, la potencia gracias a cuyo auxilio pudo perdurar en Cuba el régimen instaurado por la revolución de 1959.

Mi desencanto de aquellos años tuvo, pues, algunos parecidos con el del Profesor Ratzinger, pero, evidentemente, siguió una trayectoria totalmente diversa, en virtud de las enormes diferencias de posición social, de compromiso e ideas previas, de entorno organizativo, de perspectiva vital. Él mudó en seguida su línea, perseverando en su encuadramiento organizativo y ascendiendo en la jerarquía de tal institución.

Yo fui sintiendo un paulatino despeggo de la organización que había fundado en diciembre de 1964 (que mayoritariamente asumí las posturas contestatarias neo-izquierdistas, aunque lo hiciera con menos delirante entusiasmo que otros recién llegados). Rompí con ella en 1972, pero manteniendo mis convicciones, que sólo en los años siguientes empezarán a modificarse paulatinamente hasta haber desistido hoy de muchísimas de mis opiniones de entonces.

Muchas, no todas. Sigo siendo un comunista. Sigo pensando:

- 1º) que la propiedad privada es injusta y ha de ser abolida;
- 2º) que, por consiguiente, la empresa privada deberá desaparecer, antes o después, dejando su lugar a la empresa pública;
- 3º) que la economía de mercado es un disparate, una fuente de anarquía en la producción, debiendo ser eliminada a favor de una economía centralmente planificada;
- 4º) que las fronteras habrán de ser suprimidas, antes o después, a favor de una república planetaria indivisible de toda la humanidad, fraternalmente unida;
- 5º) que el occidente es hoy el baluarte de todo lo más opuesto a esos ideales, un bloque agresivo, belicista, imperialista, donde imperan y reinan los enemigos de los valores de hermandad y comunidad de bienes (o sea del bien común), por lo cual las luchas han de ir dirigidas a destruir ese maléfico bloque;
- 6º) que la deficiente construcción socialista que se emprendió en Rusia en 1917 y en otros países del Este a partir de la derrota de los imperios alemán y japonés en 1945, a pesar de cuantos reparos haya que oponerle (no pocos de ellos fundados, desde el origen mismo —quizá principalmente por ese origen), fue, no obstante, un avance social, un experimento valioso, gracias al cual la humanidad ha avanzado en muchos órdenes, ya que, de no ser

por lo que aportó aquella titánica edificación (con todas sus tragedias), hoy estaríamos mucho peor: los pueblos del sur seguirían esclavizados bajo el yugo colonial y los trabajadores de occidente no habrían obtenido los avances del estado del bienestar; por ello sigue siendo una tarea justa defender el legado ideológico de la experiencia soviética, sin caer en la apología y sin cerrar los ojos a sus facetas censurables.

Cuando miro a ese conglomerado de lo que ahora se llama «izquierda», ¿hallo la más mínima coincidencia con ellos en alguna de esas seis tesis? No les he oído ni condenar la propiedad privada, ni la economía de mercado, ni al Occidente (aunque puedan vituperar a tal o cual líder político o incluso a ciertos círculos del poder económico, pero sin preconizar nunca la demolición del occidente en sí); menos aún defienden el legado soviético. Ni les he oído jamás promover una república universal unitaria, sino que, al revés, preconizan la atomización de los estados nacionales existentes en miniestados.

Sus reivindicaciones societales, su apoyo al irredentismo, su neomaltusianismo, su ancestralismo o primitivismo me fuerzan a ubicarme ideológicamente en las antípodas de todo eso.

Reparemos en lo siguiente: los grandes fundadores del materialismo dialéctico e histórico, Marx y Engels, usan rarísimas veces las palabras de «izquierda» y «derecha». Ulianof las emplea más, en determinados contextos; pero él, más que nadie, habría rechazado ser considerado como «un hombre de izquierdas», porque eso significaría subsumir bajo un común denominador a un revolucionario proletario —como él era o creía ser— y a los radicales «burgueses» o «pequeño-burgueses»; una subsunción que, aunque fuera, en ciertos contextos, abstractamente certera, borraría las discrepancias fundamentales, desplazando la línea esencial de demarcación.

No es que yo asuma hoy las tesis de Marx ni las de Ulianof. Mi comunismo ha seguido otro itinerario (aunque sigo juzgando que había muchas ideas correctas en el materialismo dialéctico e histórico, en cuyo análisis no voy a entrar aquí —dejándolo para otra ocasión). Aduzco esos precedentes sólo para señalar cuán poco valor tuvo para la tradición marxista la dicotomía derecha/izquierda.

Hoy, cuando la izquierda ya no es lo que era, el comunismo sigue siendo lo que siempre fue, desde sus inicios en el siglo XIV: un movimiento de ideas —y, cuando es posible, de acciones— encaminado a instaurar la unidad fraternal entre los hombres, a poner fin a la propiedad privada y a la economía de mercado.

Soy comunista. No soy de izquierdas. No suscribo casi nada de lo que hoy circula como de izquierdas. Y, si no suscribirlo es ser de derechas, soy de derechas. Un comunista de derechas.